

Confucianismo: el sistema tributario y las relaciones sino-coreanas*

*Confucianism: The Relations of Vassalage
and the Sino-Korean Relationships**

John B. Duncan **

Introducción

El tema de las relaciones tributarias¹ que existieron, desde los primeros siglos de la presente era hasta finales del siglo XIX, entre los reinos de Corea y los estados de China, ha sido una de las cuestiones más controvertidas en la historia coreana. Este tipo de relaciones de vasallaje ha existido en distintas épocas y en diversos lugares a lo largo de la historia; luego entonces, ¿por qué las relaciones de esta índole sostenidas entre Corea y China han causado tanta controversia? La respuesta radica en la manera en que en el siglo XX estas relaciones tributarias han sido interpretadas y utilizadas por distintos países imperialistas: Japón, Estados Unidos y, de manera más reciente y en cierto sentido, la República Popular de China.

De esta manera, durante la primera mitad del siglo XX, surgió una corriente historiográfica japonesa cuyos exponentes pretendieron legitimar el dominio

* Conferencia dictada por el autor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM el 20 de octubre de 2008. El Centro de Relaciones Internacionales agradece su permiso para la publicación en este número. Traducción al español de Alfredo Romero Castilla.

** Profesor en la Universidad de California, Los Ángeles.

¹ El término tributario puede causar alguna confusión a la luz del uso generalizado de la palabra que se refiere a cuestiones de orden fiscal. En este caso connota una relación de vasallaje que impone el pago de un tributo, casi siempre en especie, como muestra de sumisión a un soberano (N. del T.) En la transliteración de los nombres chinos se utiliza el sistema *pinyin* propuesto por la República Popular China, en la de los nombres coreanos el autor utiliza el sistema McCune-Reischauer, usado por lo general en los textos académicos en inglés, el traductor ha colocado entre paréntesis el mismo término en el sistema UNAM, propuesto hace algunos años, por considerar que es el que más se acerca a la sonoridad del español; para las palabras japonesas se utiliza el sistema Hepburn. Los nombres propios siguen la práctica establecida en el Este de Asia: el apellido precede al nombre.

colonial de Japón sobre Corea; para tal efecto formularon una serie de elucubraciones sobre la historia coreana. La falacia más generalizada esgrimió la argucia de que en el transcurso de su larga historia Corea nunca había sido un país independiente. Las premisas principales con las que se pretendió dar sustento a semejante aserto son las siguientes: la primera plantea que el Japón Yamato (300-710) conquistó Corea en el siglo IV y subyugó a los tres reinos coreanos primigenios, Koguryo, Pekche (Pekché) y Silla (Sila), obligándolos a pagar tributo como vasallos de Japón; la segunda asienta que este dominio duró hasta mediados del siglo VI, cuando las fuerzas japonesas fueron obligadas a abandonar su supuesto último bastión, ubicado en la parte Centro-Sur de la península coreana; la tercera señala que, enseguida, China pasó a ocupar el lugar de Japón, y desde ese momento y hasta finales del siglo XIX, todos los reinos coreanos mantuvieron relaciones tributarias con los estados chinos; la cuarta reafirma que Corea estuvo sujeta al pago de tributo como vasallo de Japón y China. Esta última reformulación fue utilizada con el propósito de ratificar que, en efecto, Corea nunca fue un país independiente. A pesar de que esta interpretación histórica ha caído en el más completo descrédito en el transcurso de los últimos 50 o 60 años, aún existen en Japón y en algunos otros lugares historiadores que se mantienen aferrados a ella.

En la segunda mitad del siglo XX, estudiosos estadounidenses, encabezados por John King Fairbank, de la Universidad de Harvard, aventuraron su propia interpretación de estas relaciones tributarias, presentándolas como parte del engranaje de un sistema tributario que conformaba un orden internacional regido por China. En la concepción de Fairbank este modelo de sistema tributario resultaba ser la adaptación del orden jerárquico cultural y político confuciano a las relaciones interestatales; es decir, un sistema en el cual el emperador chino aparecía como el soberano nominal de “todo lo que se encuentra bajo del cielo”² y, por lo tanto, revestía la figura del “padre”, mientras que los reyes que gobernaban los estados más pequeños eran los “hijos” y, en consecuencia, debían mostrar lealtad y piedad filial a su padre-emperador. De acuerdo con Fairbank, los coreanos, quienes eran tan confucianos como los chinos e incluso todavía más, por siglos habían sido los súbditos más leales y constantes en la entrega del tributo. Aunque los académicos estadounidenses no llegaron al punto de interpretar la participación coreana en este “sistema” tributario como evidencia de que Corea jamás había gozado de independencia política, sí la utilizaron para presentar la imagen de un país que, en efecto,

² *Tian xià*, en chino, es una expresión que define el concepto de un reino universal regido por China (N. del T.).

había sido colonizado en términos culturales por China. Esta visión ha tenido notables implicaciones en la interpretación de ciertos pasajes históricos hecha por la academia estadounidense, según la cual Corea “fracasó” en su intento por adaptarse al desafío de Occidente durante la segunda mitad del siglo XIX, momento en que los coreanos mostraron no tener la capacidad de emprender la modernización de su país por sí mismos, debido a su empecinada adhesión a la ortodoxia confuciana y a su lealtad a una China en decadencia. La interpretación de Fairbank ha sido refutada en años recientes en diferentes círculos académicos de Estados Unidos y de otras partes del mundo, por la forma en que privilegiaba la presencia de China en detrimento de países como Corea, Vietnam, Mongolia, Japón y algunos otros. En nuestra visión, esta figura representó una especie de modelo utilizado por el gobierno de Estados Unidos con el propósito de afirmar su hegemonía mundial a través de la preconización de los valores culturales estadounidenses como normas universales.

Dado el carácter de estas cuestiones, el propósito de este trabajo consiste en ofrecer una interpretación menos sesgada sobre la naturaleza y el significado de las relaciones tributarias entre Corea y China, y tratar de esclarecer de manera particular cómo estos vínculos han sido entendidos y utilizados desde la perspectiva coreana. Empezaremos la exposición con una breve referencia sobre las características que revisten estas relaciones tributarias. Enseguida se procederá a exponer como éstas se desarrollaron hasta el siglo XIX. Después nos ocuparemos de la transformación operada en estas relaciones durante la segunda mitad del siglo XIX a través del análisis del significado histórico de los cambios acaecidos. Por último, abordaremos lo relativo a una nueva interpretación sobre estas relaciones tributarias premodernas, que ha generado una acalorada controversia entre Corea y China a principios del siglo XXI.

Características de las relaciones tributarias en el Este de Asia

Las relaciones tributarias no han sido exclusivas del Este de Asia. Han aparecido en diferentes lugares y distintas épocas históricas, como es el caso de los imperios romano, mogol³ y turco otomano, por mencionar algunas muestras representativas. En cada uno de estos ejemplos puede observarse que se hizo

³ Imperio fundado luego de la conquista musulmana del territorio del Norte de la India. Durante su existencia (1526-1857) logró ocupar una extensión más vasta del territorio de este país (N. del T.).

el intento de racionalizar de varias formas las ideologías imperiales. Una de las peculiaridades más distintivas de las relaciones tributarias en el Este de Asia es que se trata de un sistema que tuvo una duración muy prolongada, debido a su constante reconstitución a través de los continuos cambios dinásticos y otras revueltas que determinaron su permanencia por cerca de 1 700 años. Otra de sus singularidades es la manera en que el código moral confuciano contribuyó al crecimiento de estas relaciones tributarias en el Este de Asia, en particular después del surgimiento de la escuela de Cheng-Zhu, también conocida como neoconfucianismo, durante la época Ming de China y la Choson de Corea.

La premisa central detrás de estas relaciones tributarias, al menos en la forma en que fueron representadas por los chinos, es que China era la única tierra civilizada y el resto de los pueblos eran bárbaros, o algo peor, y por tanto sólo podía haber un emperador en el mundo: el soberano de China, quien por haber recibido el mandato del cielo estaba por encima de los demás reyes que gobernaban otros reinos y que estaban obligados a reconocerlo para poder tener acceso a los beneficios culturales y materiales de la civilización china. Había varias formas a través de las cuales estos “reyes” debían expresar su reconocimiento a la superioridad de este emperador. Una era el envío reglamentado de un tributo, consistente en productos de su región, a cambio de los cuales recibía “presentes” del emperador, como seda, libros u otros artículos prestigiosos. Otra consistía en la aceptación de las cartas de investidura otorgadas por el emperador, quien por lo general les confería un título honorario en la burocracia imperial, además de acreditarlos como reyes de Corea, Vietnam u otro país. Una tercera era el uso del calendario imperial para datar todos los sucesos oficiales y los documentos. Había también una cuarta, que era el uso de títulos para las instituciones, organismos y otras oficinas o asuntos cuyos enunciados denotaban la posición de inferioridad frente al gobierno imperial, así como el uso de una terminología acorde con las historias dinásticas que también subrayaba la subordinación al emperador.

Sin embargo, fuera de la observancia de estas prácticas de obediencia ritual, los emperadores chinos jamás interferían en los asuntos internos ni en cuestiones diplomáticas de los Estados tributarios. La única excepción era cuando un rey que había sido nombrado por el emperador era destronado o moría bajo misteriosas circunstancias, actos que eran considerados como graves afrentas a la dignidad del emperador o cuando un Estado tributario se convertía en aliado de una potencia enemiga. Naturalmente, los chinos también abrigaban la esperanza de que los Estados tributarios pudieran brindar apoyo militar en caso de que China sufriera algún ataque, expectativa que no siempre se cumplió.

Las relaciones tributarias en la Antigüedad

Los registros históricos coreanos y chinos muestran que los reinos coreanos como Koguryo (siglo I a. C. a 668) y Pekché (siglo III a 660 d. C.) se incorporaron al sistema tributario con los estados chinos alrededor del siglo IV de nuestra era, si no es que antes. Los registros coreanos más tempranos no son muy explícitos, y proporcionan pocos detalles sobre las relaciones diplomáticas con las dinastías chinas más allá de las breves referencias relativas a la salida y llegada de emisarios. En las fuentes chinas aparece información más detallada, que comprende las cartas de investidura, pero es necesaria cierta cautela a la hora de evaluar estas fuentes debido a su evidente carácter fragmentario. Las fuentes chinas tienden a considerar a todo aquel que cruzaba sus fronteras como alguien que venía a presentar un tributo y a rendir pleitesía al emperador, lo cual no es exacto, porque se sabe que tales descripciones fueron fantasiosas. Lo que sí puede afirmarse al respecto es que los tres reinos coreanos mantuvieron relaciones diplomáticas con los Estados chinos en las que presumiblemente expresaron un cierto reconocimiento ritual hacia la superioridad de los emperadores, pero no hay referencias históricas precisas sobre la manera en que tanto chinos como coreanos observaron la práctica de tales relaciones.

Empero, hay una estela erigida en honor del rey de Koguryo, Kwanggaet'o, (Kwanguetó 391-412), en la que hay una larga inscripción en donde se ensalzan sus hazañas. Un detalle importante que también figura en esta estela es que el rey de Koguryo usaba su propio calendario y no el de la dinastía china, hecho que deja la impresión de que este rey no se consideraba inferior a nadie. A pesar de que Koguryo mantuvo relaciones diplomáticas con algunas dinastías chinas, como la Wei del Norte, también entró en guerra con las dinastías Sui y Tang e infligió cuatro derrotas a las fuerzas chinas, hasta que finalmente sucumbió ante la alianza militar entre el ejército Tang y el reino sureño de Sila (siglo IV de la actual era a 935).

Sila ha sido presentada en los anales históricos chinos como un Estado tributario siempre leal, que en todo momento mostró un profundo agradecimiento a la dinastía Tang por el apoyo brindado en la derrota infringida a Pekché y Koguryo. Sin embargo, estas fuentes chinas omiten ventilar los acontecimientos acaecidos entre 668 y 676. Éstos son narrados en la historiografía coreana y dan cuenta de la manera en que Sila resistió las pretensiones chinas de ejercer su dominio durante una guerra que duró ocho años, al final de los cuales los ejércitos chinos emprendieron la retirada. Tiempo después, las relaciones tributarias amistosas entre Sila y Tang fueron restablecidas, pero ello aconteció luego del surgimiento en el territorio de

Manchuria de un poderoso reino conocido como Parhae (Parjé 697-925), situación que obligó a acometer una acción conjunta con el fin de contener el posible embate de este nuevo Estado. De ahí en adelante se estrecharon las relaciones entre Sila y Tang, durante las cuales el primero envió con frecuencia embajadas ante la corte china y permitió que un importante número de sus súbditos viajaran y vivieran en la China Tang en calidad de estudiantes, funcionarios gubernamentales y comerciantes.

Al reino de Sila le siguió la dinastía Koryo (918-1392) a principios del siglo x. Este cambio aconteció durante un periodo de caos en que se vio envuelta China después de la caída de la dinastía Tang. Si bien parece ser que los primeros reyes de Koryo establecieron una suerte de relaciones tributarias con algunos de los Estados surgidos después del colapso de los Tang, también hay indicios de los intentos de estos gobernantes por afirmar su condición de igualdad con los emperadores chinos. Así, por ejemplo, el fundador de Koryo tuvo su propio calendario en el que aparece consignado el título de su reino como “don celestial”, una clara alusión a que había recibido el mandato del cielo, y el cuarto rey de la dinastía se proclamó abiertamente emperador y denominó a la ciudad donde se encontraba su palacio “capital imperial”. Hacia el año 960 los Song reunificaron China y de manera subsecuente Koryo estableció relaciones tributarias con la nueva dinastía. Las cosas se complicaron después de que la dinastía Qidan Liao establecida en Manchuria invadiera Koryo con el propósito de conquistar parte de su territorio y obligarlo a romper relaciones con los Song. Luego de que en el siglo xi el ejército de Koryo derrotara a los invasores Liao, se concluyó un acuerdo según el cual Koryo mantendría su territorio a cambio de que rompiera sus vínculos con la dinastía Song y reconociera al soberano de Liao como el único emperador. Un compromiso similar se hizo también con la dinastía de los Jurchen Jin,⁴ quienes acabaron con los Liao y conquistaron la mitad del territorio Norte de China en el siglo xii. Así, a través de todo este tiempo, mientras al exterior observaban los rituales del sistema tributario, al interior los reyes de Koryo hicieron con frecuencia el juego de enfrentar a los Liao y los Song en contra de los Jin como un mecanismo que les permitiera garantizar su propia seguridad. De esta manera, continuaron denominándose a sí mismos como emperadores, siguieron utilizando su propia nomenclatura para referirse a sus instituciones y oficinas de gobierno de manera análoga a las que solían usar los emperadores chinos e imprimían sus historias en formatos

⁴ Los Jurchen son los descendientes de los tungus, que habitaron en el territorio de Manchuria, donde fundaron el mencionado reino de Parjé. A principios del siglo xi, tribus Jurchen entraron a Corea en busca de refugio. Entre ellos estaba Hanpu (Janpu), el primer ancestro de la dinastía jin (dyin) (N. del T.).

reservados para el uso de éstos. Lo mismo acontecía con el uso de los nombres de los templos para los reyes muertos.

Las cosas cambiaron una vez que Koryo fue incorporado al imperio mongol a finales del siglo XIII, luego de un periodo de resistencia que duró 30 años. Si bien los mongoles permitieron a Koryo mantener a su propio rey, interfirieron de forma decisiva en los asuntos internos y forzaron la degradación de los nombres de todas sus oficinas e instituciones, denotando de esta manera que eran inferiores frente al imperio de la dinastía Yuan. También exigieron que los nombres de los templos de los reyes muertos empezaran con la palabra “leal”. Más aún: le impusieron a Corea pesadas cargas tributarias que constituyeron verdaderos actos de despojo de sus caballos, halcones y metales preciosos, llegando incluso a forzar la entrega de un número considerable de mujeres jóvenes a los Yuan. Una vez que la dinastía mongola empezó a decaer a mediados del siglo XIV, los Koryo pudieron dejar atrás los actos humillantes a los que los obligaron.

Las relaciones de Choson con los Ming y los Qing

Cuando Zhu Yuanzhang (Taizi)⁵ replegó a las fuerzas mongolas fuera del territorio de China y fundó la dinastía Ming en 1368, Kaegyong, la capital de Koryo se llenó de júbilo. Los gobernantes de Koryo pudieron, al fin, sentirse liberados del peso de las oprobiosas obligaciones impuestas por los mongoles y empezaron a acariciar la idea de establecer relaciones con una dinastía china que les parecía podría resultar más comprensiva y menos dominante. Para su infortunio, las cosas no se presentaron en el sentido en que el gobierno de Koryo esperaba.

El fundador de la dinastía Ming mostró signos de paranoia, y con frecuencia procedió a ejecutar a aquellos funcionarios a quienes consideraba que lo habían insultado o menospreciado. Esta monomanía de la persecución repercutió también en la conducción de los asuntos externos. El emperador abrigaba fuertes sospechas sobre Koryo por considerar que la relación que había mantenido por cerca de 100 años con los Yuan podría haber dejado secuelas que, a la postre, podrían llevar a la concertación de una alianza Koryo-mongol, lo que significaba una grave amenaza para la nueva dinastía. La desconfianza se hizo mayor luego del asesinato de uno de sus emisarios a

⁵ También conocido como el emperador Hongwu, el fundador de la dinastía Ming, quien reinó de 1368 a 1398 (N. del T.).

Koryo en 1370. La tensión aumentó entre Ming y Koryo cuando este último decidió enviar fuerzas para atacar al gobierno Ming en 1388, en respuesta a sus reclamaciones sobre una parte del territorio de Koryo. El jefe de esta expedición, Yi Songgye (Yi Songué), se rebeló y ordenó la retirada de sus tropas hacia la capital de Koryo, donde destronó al rey e impuso uno nuevo. Cuatro años más tarde Yi asumió el trono para sí, proclamó la fundación de una nueva dinastía que sería conocida con el nombre de Choson y de inmediato envió a un emisario a la corte Ming, solicitando el reconocimiento oficial y las correspondientes cartas de investidura. No obstante, el emperador Ming mantuvo la desconfianza hacia los coreanos y decidió no recibir al enviado. Fue hasta que Yi Songué –cuyo nombre póstumo es T'aejo (Tedyo)– dejó el trono cuando quedaron establecidas de manera formal las relaciones entre Choson y Ming.

Las relaciones con el gobierno Ming se desarrollaron de una manera muy diferente a como los coreanos lo esperaban. Si bien los Ming renunciaron a sus reclamos territoriales, las demandas tributarias continuaron siendo tan ominosas como en los tiempos de los mongoles, porque continuó la exigencia de proveer un gran número de caballos y de doncellas coreanas. Choson trató de resistir tales demandas arguyendo que éstas resultaban demasiado excesivas y que la corte Ming seguía exactamente el ejemplo de los bárbaros mongoles, una actitud indigna del sabio y recto comportamiento observado por sus otros antecesores. Con el tiempo estas exigencias se atenuaron, no así la desconfianza hacia los coreanos que, en ocasiones, llegó al grado de impedirles a varias embajadas coreanas traspasar las fronteras chinas; asimismo, la corte Ming rechazó las solicitudes de envío de libros y otros materiales, desplantes que se prolongaron más allá de la primera mitad del siglo xv. No fue sino hasta finales del siglo xv y principios del xvi que estas suspicacias aminoraron y las relaciones se tornaron más cordiales y frecuentes.

No obstante, prevaleció cierto grado de recelo hacia Choson en el gobierno Ming. Cuando las tropas de Toyotomi Hideyoshi (1536-98)⁶ invadieron la península coreana en 1592, el rey de Choson envió una misión a la corte Ming para informarle de la situación y solicitar su ayuda para repeler la invasión. Los Ming se mostraron reticentes y consideraron que podría tratarse de una maquinación de los coreanos, por lo que de entrada rechazaron emprender cualquier tipo de acción. Fue después de que los informes de los

⁶ Uno de los jefes militares que buscaron la unificación del Japón feudal en el siglo xvi. En 1592 emprendió una guerra contra el reino de Choson, conocida en Japón como *yakimono senso*, “guerra de la cerámica”, y en los anales de la historia coreana como *imdyin weran*, “la guerra del año del dragón de agua” (N. del T).

funcionarios chinos, enviados para investigar si en efecto había una invasión, corroboraron la gravedad de la situación que los Ming decidieron finalmente enviar tropas a pelear en Corea. La ayuda brindada por China fue vital para la derrota de los invasores japoneses y la corte coreana se mostró agradecida por el apoyo, pero al mismo tiempo deploró la actitud arrogante de los generales Ming y el mal comportamiento observado por los soldados chinos.

Cuando en 1618 los Ming empezaron a planear una campaña en contra de los manchúes, quienes empezaban a representar una seria amenaza en la región fronteriza del Noreste, le solicitaron a Choson el envío de tropas para ayudarlos a su derrota. El gobierno de Choson envió un ejército de 13 mil efectivos con órdenes de que se mantuvieran expectantes del desarrollo de la contienda teniendo cuidado de no alinearse con el lado perdedor. Los jefes militares estimaron que los Ming serían derrotados, procedieron a concertar un acuerdo con los manchúes y regresaron a Corea. Este acto de “deslealtad” hacia los Ming vino a representar el pretexto para que en 1623 tuviera lugar un golpe de Estado por una facción que había sido desplazada del poder antes de esa fecha. El nuevo rey y la facción que lo había entronizado adoptaron una política de lealtad a los Ming, acto que de inmediato provocó una invasión manchú en 1627. Esta invasión terminó unos meses después luego de la conclusión de un acuerdo entre los manchúes y la corte de Choson en el que ambas partes declaraban que de ahí en adelante se comportarían “como hermanos”. Durante los años siguientes, los manchúes acrecentaron su poder, hasta que en 1636 declararon la fundación de la dinastía Qing y le exigieron a Choson que cortara todo vínculo con los Ming y reconociera al soberano manchú como único emperador de todo bajo el cielo. La corte Choson, todavía bajo la influencia de los partidarios de los Ming, que habían fraguado el golpe de 1623, rechazaron aceptar las demandas de los manchúes. La respuesta manchú fue una invasión que culminó en una humillante derrota después de la cual el rey de Choson no tuvo más opción que capitular, rendir pleitesía a un general manchú y reconocer al emperador Qing como su soberano.

A pesar de que la corte de Choson no tuvo más alternativa que aceptar las condiciones impuestas por los manchúes e incorporarse al sistema de relaciones tributarias con la dinastía Qing, los partidarios de los Ming en la corte continuaron exacerbando el sentimiento antimanchú, valiéndose del argumento de que debía de todo corazón mantenerse la lealtad hacia los Ming. Estas proclamas tuvieron por consecuencia la puesta en práctica de un doble juego político; así, mientras en la correspondencia con la corte manchú se utilizaba el calendario Qing, al interior se mantuvo el uso del calendario Ming y se erigieron altares para celebrar servicios en memoria de los extintos emperadores Ming. La facción a favor de Ming fue más allá, al considerar que

luego que los bárbaros manchúes habían derrocado a la dinastía Ming, el núcleo remanente de la civilización confuciana era Corea y, por tanto, resultaba absolutamente necesaria la adhesión de los coreanos hacia los principios de la ortodoxia neoconfuciana. Fue a partir de ese momento que el sistema tributario, que había sido aceptado como un asunto de reconocimiento pragmático hacia la riqueza y el poder de China, terminó imbuyendo un moralismo confuciano. Fue justo ese momento tan particular del desarrollo del sistema tributario el que dio pie a que Fairbank y sus seguidores sustentaran su visión de que este sistema funcionaba como una extensión de los valores morales del confucianismo en la esfera de las relaciones internacionales y, por tanto, constituía la razón de la continua lealtad de los coreanos hacia los soberanos chinos.

El sistema tributario y la apertura de Corea

A mediados del siglo XIX algunas de las desconfianzas mutuas que habían existido entre la dinastía manchú Qing y la Choson se fueron disipando a medida que los coreanos se fueron percatando de que los manchúes, lejos de haber atentado en contra de la civilización china, habían acometido la empresa de preservarla y fortalecerla. Por otro lado, en esa misma época, los coreanos empezaron a advertir la inminencia de la amenaza occidental, para lo cual era necesario mantener vínculos más cercanos con China. Los coreanos tuvieron conocimiento, de muy buena fuente, de la Guerra del Opio, la aparición de los barcos negros de Perry en las costas japonesas y de los efectos nocivos que, a sus ojos, había traído consigo en China y Japón la apertura de los puertos. Los coreanos estaban decididos a que, bajo ningún concepto, algo similar les acontecería, y buscaron la forma de detener a los intrusos, a quienes desde cualquier ángulo consideraban bárbaros —en el mejor de los casos— o bestias —en el peor—. Así, cuando barcos occidentales atracaron en los litorales coreanos en demanda de comercio o del establecimiento de relaciones diplomáticas, fueron rechazados de manera cortés, pero a la vez firme, valiéndose del falso argumento de que la responsabilidad de la conducción de sus relaciones con el exterior era competencia de China (a pesar del hecho de que la dinastía Choson había mantenido por siglos, de manera independiente, relaciones con Japón, las islas Ryukyu⁷ y otras regiones). Durante los dos incidentes en que se buscó la manera de forzar la apertura de Corea, llevados a cabo por Francia

⁷ Hoy Okinawa (N. del T.).

—en 1866— y por Estados Unidos —en 1872— éstos fueron repelidos con valentía por los coreanos. Debido a este rechazo, Corea recibió el mote de “reino ermitaño”, expresión que denota que este fue el último país del Este de Asia que abrió sus puertos a Occidente.

Corea fue finalmente obligada a abrirse al contacto con el exterior, pero no por una potencia occidental, sino por Japón en 1876. Los japoneses, temerosos de que la conquista de Corea por una potencia occidental pudiera representar una amenaza para su país, decidieron hacer con Corea lo que Estados Unidos les había hecho años atrás: enviar un escuadrón naval bien pertrechado que amenazó a los coreanos con el uso de la fuerza militar si no aceptaban la apertura de los puertos. La corte Choson consultó con los Qing, quienes de mala gana les aconsejaron que negociaran con Japón. El resultado fue la firma del Tratado de Kanghwa (Kangjua), redactado en términos similares a los tratados desiguales que las potencias occidentales habían impuesto a China y Japón, a través de los cuales fueron abiertos tres puertos a los comerciantes japoneses y la acreditación de una representación diplomática en Seúl, la capital de Corea. No pasó mucho tiempo para que los japoneses empezaran a maquinan la forma de influir sobre Corea y se las ingeniaran para ser llamados como asesores en diversas instancias, situación que les permitió formar un cuadro de jóvenes coreanos, quienes impresionados por los logros alcanzados por Japón después de la restauración Meiji, empezaron a acariciar la idea de acometer la misma empresa en Corea. Estas tendencias produjeron gran alarma en China. Sin embargo, en 1882, soldados rasos del ejército coreano, descontentos por no haber recibido su paga y disgustados por el favoritismo mostrado hacia una unidad militar entrenada por los japoneses a la que se le habían dado uniformes y armamento, iniciaron una revuelta, atacaron la legación japonesa y persiguieron al legado, a sus funcionarios y a sus guardias hasta ponerlos fuera del país. Cuando los japoneses intentaron acciones para repeler este ataque, China decidió enviar 3 mil efectivos a Corea con el pretexto de mantener la paz. A pesar de que China retiró a la mitad de estas fuerzas, permanecieron en Corea 1 500 soldados. Poco tiempo después, cuando un grupo de coreanos quiso emular en Corea las reformas efectuadas en Japón luego de la restauración Meiji e intentó dar un golpe de Estado en 1884, las fuerzas chinas tomaron la iniciativa de evitarlo. Los Qing, entonces, nombraron a Yuan Shikai (1856-1916) “comisionado general para asuntos comerciales y diplomáticos” en Corea, y empezó a intervenir de manera activa en la forma en que debían conducirse tanto los asuntos internos como diplomáticos de la corte de Choson, influencia que ejerció desde ese momento hasta la derrota de los Qing en la Guerra Sino-Japonesa de 1894-1895. De esta manera, China abandonó la política seguida por siglos de no intervenir en los asuntos de los

estados tributarios y empezó a comportarse en Corea como una potencia imperialista occidental.

Este fue un desafortunado viraje que terminó por afectar aun más la vida de Corea. Bajo la influencia de Yuan, la corte Choson puso en práctica un programa conservador que restringió los intentos de reforma, imprimiéndole a partir de ese momento el sello del mismo que se había puesto en práctica en China, en lugar de asumir un proyecto reformista de carácter más radical como el emprendido por el Japón Meiji. Esta situación colocó a Corea en desventaja frente a Japón, dejándola en la más completa indefensión para poder resistir la agresión extranjera una vez que China fue expelida de Corea en 1894. Empero, este hecho también reveló la aparición de una nueva generación de coreanos, quienes podían afirmar, al igual que sus coterráneos de la época de Sila, que a pesar de toda la retórica moral del confucianismo, los chinos eran capaces de practicar un imperialismo feroz cuando las circunstancias así lo requirieran.

Las relaciones tributarias sino-coreanas hoy

Muchos han sido los cambios ocurridos en la forma en que se han desenvuelto las relaciones sino-coreanas a lo largo de los últimos 100 años. China sirvió de refugio a los luchadores que participaron en el movimiento por la independencia coreana después de que Japón impuso sobre Corea su dominio colonial en 1910. Los comunistas coreanos pelearon hombro con hombro con los comunistas chinos para repeler la agresión japonesa entre 1930 y 1940, mientras que, por su parte, los nacionalistas coreanos también hicieron causa común con los nacionalistas chinos en su lucha contra de Japón en los años cuarenta. Los comunistas chinos intervinieron en la Guerra de Corea apoyando a Corea del Norte en los años cincuenta, pero este clima de concordia dio un viraje durante la revolución cultural en China, cuando los guardias rojos criticaron acremente a Kim Il Song, lo cual llevó a que durante las décadas de los años sesenta y setenta Corea del Norte buscara poner en práctica una política exterior independiente. Sin embargo, el cambio más espectacular fue el establecimiento de relaciones entre la China comunista y Corea del Sur a principios de los años noventa, acción que produjo un rápido crecimiento del comercio entre ambos países. Este cambio coincidió con el momento en que en Corea del Sur se empezaba a expresar un sentimiento antiEstados Unidos, el cual se tradujo en el surgimiento de una tendencia favorable hacia China. Miles de estudiantes sudcoreanos realizaron estudios en centros educativos chinos y comenzaron a proliferar en Seúl y otras ciudades de Corea del Sur cursos de lengua china, en detrimento del estudio del idioma inglés. Esta

situación creció al grado de que muchos jóvenes sudcoreanos empezaron a pensar que había llegado el momento de alejarse de Estados Unidos (y de Japón, su aliado en Asia) y vislumbrar la posibilidad de lograr en el futuro un mayor acercamiento con China.

Por tales razones, muchos sudcoreanos recibieron con estupor las opiniones expresadas hace algunos años por académicos chinos e incluso por el ministro de Relaciones Exteriores, quienes afirmaron que Koguryo, uno de los reinos primigenios que los coreanos siempre han considerado como parte integral de su historia, no lo era, sino que resultaba ser un reino chino. El principal argumento sobre el que los chinos han basado su reclamo es que Koguryo (o más propiamente Gaogouli) había mantenido una relación de carácter tributario con las dinastías chinas. Por tanto, desde la perspectiva china, Koguryo fue, en efecto, un gobierno aliado que ayudó a defender al territorio chino de las invasiones de los bárbaros. Esta expresión causó airadas respuestas por parte de académicos, medios de comunicación y público en general en Corea. Tal reclamo ha causado también una controversia diplomática entre Corea del Sur y China. Este penoso asunto ha apagado en gran medida los sentimientos amistosos que empezaban a anidar rápida y vigorosamente hacia China entre el pueblo coreano.

Las razones por las cuales los chinos escogieron este momento para hacer tal anuncio y el tipo de certitudes sobre las que basan su reclamo, así como las evidencias que los coreanos tienen para rebatirlas, son problemas muy complejos cuya discusión rebasa los límites de este espacio. Baste con señalar que la cuestión sobre las relaciones tributarias sostenidas a lo largo de la historia dista de ser letra muerta, aun después de 110 años de que el sistema tributario llegara a su fin luego de la Guerra Sino-japonesa. Una vez más, podemos observar que todavía en estos tiempos es posible que una gran potencia recurra a reinterpretar la historia del antiguo sistema tributario para ponerla al servicio de sus intereses.